

COLECCIÓN CASA EUROPA, 8

PAN PARA LOS MUERTOS

Edición original: *Chleb rzucony umarłym*, Państwowy Instytut Wydawniczy, Warszawa, 1971

© Del texto original, María Iwaszkiewicz Wojdowska

© De la introducción, *Bogdan Wojdowski y Pan para los muertos* Elzbieta Bortkiewicz

© Del epílogo, *La sublevación del gueto de Varsovia*. José Miguel Parra

© De la traducción, Elzbieta Bortkiewicz Morawska

© Confluencias, 2017

www.editorialconfluencias.com

Diseño y producción: Rodrigo Sepúlveda Cebrián

Maquetación: María del Mar Espinosa Henares

Corrección de pruebas: Gabriel García Santos

Revisión y coordinación editorial: María del Mar Domínguez Alvarez

Impreso en ESCOBAR IMPRESORES, Almería, España

ISBN: 978-84-946379-1-9

Depósito legal: AL 1705-2017

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización estricta de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante alquiler y préstamos públicos.

BOGDAN WOJDOWSKI

PAN
para los
MUERTOS

HISTORIAS DEL GUETO DE VARSOVIA

Introducción y traducción de
Elzbieta Bortkiewicz

Epílogo de
José Miguel Parra



CONFLUENCIAS
EDITORIAL

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN:	
ELZBIETA BORTKIEWICZ	9
PRÓLOGO:	
BOGDAN WOJDOWSKI	17
CAPÍTULO I.	21
CAPÍTULO II.	71
CAPÍTULO III.	101
CAPÍTULO IV.	135
CAPÍTULO V.	163
CAPÍTULO VI.	191
CAPÍTULO VII.	225
CAPÍTULO VIII.	269
CAPÍTULO IX.	295
CAPÍTULO X.	335
CAPÍTULO XI.	375

CAPÍTULO XII.	405
CAPÍTULO XIII.	439
CAPÍTULO XIV.	467
CAPÍTULO XV.	491
EPÍLOGO: LA SUBLEVACIÓN DEL GUETO DE VARSOVIA	545

INTRODUCCIÓN

BOGDAN WOJDOWSKI Y *PAN PARA LOS MUERTOS*

Los años 60 abren un nuevo capítulo en la literatura del Holocausto en Polonia y en el mundo. Después de una década de silencio de los supervivientes, del intento de pasar página, de olvidar, empiezan a aparecer testimonios de aquellos terribles años.

Entre los testigos hay algunos, no muchos, capaces de ofrecer una doble visión de la tragedia: la del niño que era cuando ocurrió todo, que transmite sensaciones, miedos, sentimientos de entonces, y la de los adultos que son ahora, que tratan de ordenar y de alguna manera explicar aquellas experiencias salvajes y abstractas. Es el caso de *Pan para los muertos* de Bogdan Wojdowski.

Sin embargo, el autor, superviviente del holocausto, testigo y actor de aquellos acontecimientos trágicos, opta por hacer una novela, unir la verdad de los hechos con la ficción. Considera que la ficción puede ser más veraz que sólo los testimonios. Hay verdades que parecen ficción y sólo como ficción somos capaces de digerirlas.

La historia contada por David, el protagonista, un muchacho de unos 10 años, comienza en otoño del año 1940, cuando los alemanes empiezan a construir el muro que pronto separará el gueto del resto de la ciudad y del mundo. Él y su familia, desde las ventanas de su casa, ven cómo el muro crece. Aún desconocen las consecuencias de este hecho, pero saben que no puede significar nada bueno, lo presienten; no tardarán en saber la verdad.

El inicio de la «gran acción» en julio de 1942, cuando los nazis obligaron a 300.000 judíos del gueto a dirigirse a la triste y famosa plaza de Umschlagplatz, y de allí al cercano campo de exterminio de Treblinka, conforma la trama.

Lo que ocurrió entonces lo sabíamos ya: existen libros de historia, testimonios, películas, ensayos y análisis científicos. Lo que no sabíamos era cómo se vivió desde dentro, no nos imaginábamos el enorme sufrimiento de la gente encerrada detrás del muro. Hambre, chinches, piojos, ratas. Epidemias de tifus y disentería que diezaban a la población hambrienta. Sólo hay que ver las terribles imágenes de carros que recogen cadáveres de las calles, las imágenes de rabinos que ya no tienen fuerza para levantarse y mendigan y rezan, imágenes de niños hinchados por el hambre, cubiertos de abscesos, esqueletitos que juegan en la calle, niños que intentan ser como antes, intercambian sellos, escriben crónicas, historias de valientes vaqueros, juegan..., pero no hay esperanza para ellos. Lo sabemos y es terrible.

El gueto no es un lugar de este mundo; olvidado por Dios, es un mar de ruinas, de escombros, con cadáveres por las calles, en las casas; un espacio sin una brizna de hierba, sin árboles. Hasta el sol parece evitar mandar sus rayos allí. No hay nada que pueda ofrecer una partícula a la esperanza.

Pan para los muertos es ficción y es realidad pura, hiriente y aterradora. El gueto es la única realidad existente, casi no existen referencias

al mundo anterior a la guerra. La soledad de los judíos es terrible. Los personajes son sólo judíos, con alguna excepción (la sirvienta cristiana de los Levin, que decide quedarse con sus señores en el gueto). Los alemanes son matones, casi sin caras, cascos con uniformes; los letones son robots de matar sin ningún rasgo característico, salvo sus armas apuntando al gueto. El tiempo lo miden las fiestas judías, que a pesar de todo se siguen celebrando, que dada la situación de los personajes y las condiciones en el gueto, adquieren una dimensión especial, simbólica. Se sigue celebrando Purim, Rosh Hashana, Sucot. El padre y el abuelo rezan buscando desesperadamente un sentido religioso a su situación; pero la madre está dedicada a los asuntos prácticos, y los hermanos parecen más cercanos a Bund u otras organizaciones no religiosas.

David es narrador, actor y testigo. Su apellido es Fremde, que significa «extranjero». Se siente extranjero fuera del mundo judío: cuando por primera vez consigue cruzar el muro para buscar alimentos para su familia, se siente tan extraño en aquel mundo que desea de todo corazón estar ya de vuelta en el gueto, ver las caras demacradas de los suyos, estar con ellos.

A pesar de los esfuerzos de sus padres por darle una formación como a cualquier niño en condiciones normales (recibe clases particulares del profesor Baum) el rápido deterioro de las condiciones de vida en el gueto, el hambre, las enfermedades, la presencia de la muerte a cada paso, irremediablemente lo convierten en un ser «guetizado». El sufrimiento lo rodea por doquier, a cualquier hora, en cualquier lugar. Para soportarlo, para sobrevivir, su conciencia y su corazón se cubren con una coraza de indiferencia. En un ataque de furia casi mata a otro muchacho, y hasta participa del saqueo de cadáveres en el cementerio en busca de objetos de valor que puedan venderse. La salvación de David son los sueños; en ellos ocurren cosas que ya son imposibles en la realidad.

David es el personaje central de la novela, pero el autor presenta también un amplio y muy diverso grupo de vecinos del gueto: los amigos de David, Eliyahu, Ernest y Zyga, la pandilla de niños de la calle de Baruj Oks, Itzhak el Largo, la prostituta Malka, el cochero Mordecai Sukiennik, el profesor Baum, maestro de David, Faiga y su hijo Lejbuś, Natan Lerch, famoso violinista, el abogado Szwarc, el comerciante Mordarski y muchos otros. Todos magníficamente retratados, buenos y malos, sabios e ignorantes, ricos y pobres, conmovedores o irritantes.

¿Es *Pan para los muertos* una novela autobiográfica? Sin duda. El auténtico nombre de Wojdowski era David. La edad del personaje también es parecida. Los hechos que describe en la novela ocurrieron de verdad, los vivió él mismo u otros amigos, conocidos, vecinos. Una lectura atenta de la novela revela muchas referencias personales de Wojdowski. Por ejemplo, pone en boca del abuelo del protagonista las mismas palabras que le dijo su padre cuando se vieron por última vez: «Te quedas solo».

La novela sorprende por su construcción literaria: ofrece una variedad de estilos, giros inesperados, elementos oníricos (sueños, delirios), disertaciones filosóficas del abuelo y de los rabinos que aportan a la novela el sello de la mejor literatura yidish, imágenes grotescas (los animales sobrevolando el muro), hasta sentido del humor (el abogado Szwarc contando sus intentos de esconder sus joyas en su casa).

La narración es como el movimiento de una cámara que se adentra en las calles del gueto, en el tiempo pasado marcado por diferentes acontecimientos. Impresiona una de las últimas escenas del libro: el Sturmführer Höfle de las SS soltando su loco discurso sobre la causa alemana y la culpa judía desde la ventana de una casa mientras una riada de gente fluye hacia la Umschlagplatz.

No basta con decir que es un libro impactante, conmovedor o perturbador: Lo es, pero es mucho más. Es gran literatura. Hay que leerlo. Existen muchos libros dedicados al tema del Holocausto pero ninguno puede compararse con la novela de Bogdan Wojdowski. «Es la mejor novela sobre el gueto de Varsovia, una de las voces más potentes de los hijos del Holocausto», como lo definió el poeta Henryk Grynberg.

Bogdan Wojdowski nació el 30 de noviembre de 1930 en Varsovia, en el seno de una familia judía asentada en la ciudad desde hacía generaciones. Vivió en el gueto hasta el verano del año 1942, cuando, gracias a la ayuda de la organización ZEGOTA, él y su hermana pudieron ser rescatados y pasar escondidos al lado ario.

En 1954 terminó la carrera de Filología en la Universidad de Varsovia. Publicaba sus textos en diferentes revistas culturales. Su obra se concentra en la experiencia de la Segunda Guerra Mundial, especialmente el holocausto de los judíos polacos. Fue también crítico literario y teatral. Publicó varios tomos de relatos, tales como *Vacaciones de Job*, *Un hombrecillo*, *un pajarillo mudo*, *una jaula y el mundo*, *Caminos torcidos* o *El otro lado* (editado después de su muerte), así como varios ensayos sobre teatro. Su única novela, *Pan para los muertos*, fue publicada en 1971, aunque ya 10 años antes había aparecido un fragmento de la misma titulado «Madagascar». La novela fue traducida al inglés, al alemán, al japonés y al hebreo.

Wojdowski puso fin a su vida el 21 de abril de 1994, en Varsovia. En su última conversación con David, el abuelo le dice: «Huye y vive. Olvídate de que eres judío. Para vivir hay que olvidar».

Olvidar: Wojdowski lo intentó y no pudo. Tampoco fue capaz de vivir con el recuerdo. Como Primo Levi, como Sándor Marai, como Stefan Zweig, como tantos otros.

Elzbieta Bortkiewicz